





# LOS RECOLECTORES

FELIPE MUÑOZ CHAVES

# **LOS RECOLECTORES**

**Primera edición 2021**

**ISBN: 978-958-49-2897-9**

**Felipe Muñoz Chaves**

**felipom.ch@gmail.com**

**Ilustraciones:**

**Alba Gabriela Moreano Urresty**

**moreanogaby@gmail.com**

**Diseño:**

**Duvan Gustín**

**gustinrivasduvancamilo@gmail.com**

**Impreso en Colombia**

**Printed in Colombia**

*Para Ángela y Sarita*



## LA MUERTE DE ALBA Y LA MUERTE

*A Gabriela Moreano*

Alba había vivido toda su vida sola, en una casa modesta, al sur de una pequeña ciudad que todos olvidan. Los largos años habían pasado lentos y amargos y habían dejado su huella en su piel pura y natural. Yo la conocí hace algunos años, cuando aún era joven; le llevaba frutas, pan y leche a su casa, a cambio de unas horas de su amor; nunca llegué a conocerla bien; solo supe que amaba las mandarinas frescas y los sábados mañaneros; que se ganaba la vida prediciendo el futuro de jóvenes incautos, conmovidos por la remota imposibilidad del amor; de hombres avaros, buscadores de la fortuna; y de mujeres solas, que el tiempo

había abandonado. Esa era Alba, y yo era su única amiga.

Alba había ganado algo de prestigio por sus certeras y pesimistas predicciones; todos reconocían los dones profanos que había recibido de algún astro benevolente e iban hacia ella para tratar de conocer la brevedad de sus fortunas. Yo sabía que no tenía ningún talento extraterrenal; el pesimismo de sus adivinaciones no era nada más que el resultado de una vida melancólica y solitaria, llena de simplismo y abandono. Alba solo predecía lo obvio: la tragedia de ser humano.

La última noche de noviembre, Alba recibió la carta que había esperado con temor desde hacía tantos años; había llegado de improviso por debajo de la puerta y se había metido cerca del cajón de sábanas negras, que Alba ordenaba todas las noches antes de dormir. La recogió con su frialdad habitual



y aceptó digna el contenido del papel: iba a morir; los astros lo habían anunciado; había llegado la carta que se había destinado recibiera desde el día en que Martín, su primer amor, partió hacia el norte, en busca de las banalidades que solo la lujuria promete. Ahora estaba en su cuarto, con las sábanas negras tendidas sobre sus piernas y la compañía de Pavel, su gato, que la miraba indiferente desde la ventana nocturna contigua a la luz de la sala, que se desvanecía para dejarla en la oscuridad.

Alba no pudo evitar las lágrimas esa noche; después de tantos años de espera, la muerte había anunciado su visita; solo quedaba esperar con paciencia su llegada y abandonar el mundo solitario, que tan ingrato le había sido. Recorrió su habitación durante largas horas, alimentó a Pavel, ordenó las sábanas negras y, al encontrarse con el espejo de la sala, recordó su juventud.

Ella no había sido siempre una mujer solitaria; de joven había sido hermosa, su piel era nívea como el nácar; su cabello era del dorado intenso que tienen los campos de trigo, y sus labios y sus ojos configuraban una belleza tal como es bella la noche estrellada. Recordó la inocencia de los amores infantiles, las mandarinas del árbol y la leche miel que duerme en los labios de una mujer; recordó a los hombres que había abandonado, los besos furtivos de una noche, los pasos de baile que enamoran, el amor ingrato, la crueldad de los hombres, el dolor de la partida y la amargura del olvido. Todo cuanto había vivido lo recordó frente a su espejo. Ahora, después de tantos años y ante la visita inminente, Alba había resuelto esperar a la muerte como a una vieja amiga.

Había empezado los preparativos necesarios; si la muerte vendría por ella, entonces la recibiría con dignidad. Ordenó